LA ESTELA DE LOS NAUFRAGIOS

LA MAGA Y LA SIRENA: 2

KALIE CASSIDY

FAERIS

Para quienes se sienten débiles, superados y temerosos.
Y para quienes acuden en su ayuda.


OBELIA
Fortaleza Vuoria
Mustkiva
Mar de Obelia
ANTEMUSA
Bastión Raidne
Kardinia
Puerto de Temis
Castillo de Osyne
GOS
ISLA DE SERAF
DELLA
Puerto de Helris
Fortaleza Linum
Mar de Leucosia
HERA
Bahía de Deandra
Islotes sagrados
Choza de Rohana
Notos
Puerto de Panos
Palacio de Genevreer
Amos
VARYA
LEUCOSIA

Veo una corona. Arrancada, arrancada, arrancada de la cabeza.
Veo un vínculo. Forjado, forjado, forjado en sangre.
La reina yace despojada de su divinidad.
El rey se sienta devastado bajo su ala.
Lo que engendraron alterará el orden de todas las cosas.
Lo que engendraron desatará el caos.
Nos llevará a la ruina.
Nos conducirá a la muerte.

PARTE I

EL NAUFRAGIO



1

IMOGEN

Salí arrastrándome del mar sin ninguna elegancia, como una criatura marina desacostumbrada al contacto del aire y la arena dura.

En una mano sostenía la espada de Nemea. De mi brazo contrario, como un grillete demasiado grande, pendía su corona. Había estado sumida en el delirio del dolor y el cansancio toda la noche mientras flotaba entre los restos de la batalla que salpicaban la superficie del mar, y perdía el conocimiento cada poco tiempo. Con los pedazos de los soldados desmembrados meciéndose a mi alrededor y los restos del navío mezclándose con la espuma roja por la sangre, ni siquiera había tenido manera de diferenciar lo que era real de lo que no.

Mantener el control sobre mi poder me había supuesto un tremendo esfuerzo, pues el hechizo que había llevado a cabo me había consumido casi por completo. Todavía notaba su sabor en la lengua, así como un hambre insaciable pulsando al ritmo de los latidos de mi maltrecho corazón. El intenso dolor que me atenazaba el vientre había inutilizado todos mis sentidos, pero al final me las había arreglado para hacer que el mar me llevara hasta la orilla.

Mientras su superficie me arrastraba, me había aferrado a la espada y la corona como si el metal mellado de ambos objetos fue-

ra lo único que me mantenía a flote. Ahora estaban impregnados de Nemea, imbuidos de su sangre. Tocarlos me recordaba que no había mostrado piedad ante el monstruo.

Y que podría hacerlo de nuevo.

Me arrastré por la playa temblando, a cuatro patas, y me detuve allí donde las olas rompían para contemplar las dunas. El viento arrastraba delicadamente la arena blanca y trazaba surcos en ella. Caí en la cuenta de que el mar me había escupido justo en la misma playa donde Halla había hecho su ofrenda a Eusia, donde me había atragantado con la poción que había roto mi vínculo con Theodore. Alcancé a vislumbrar la escalera que conducía al jardín de flores, donde el dolor había hecho que me flaquearan las piernas y se me enturbiara la vista. Los muros pálidos y los torreones del palacio de Genevreer se alzaban en una extensión infinita, como si se burlaran de mí.

Me recosté de lado y proferí un sollozo ante otro estallido de dolor. Apenas era capaz de mantenerme de pie, por lo que llegar hasta el palacio y recorrer sus pasillos me parecía una tarea imposible.

—Tienes una casa demasiado grande, Theo —farfullé para mis adentros.

Sonaba moribunda. Y tal vez lo estuviera.

El agujero descompuesto y lleno de agua de mar que tenía abierto en el vientre palpitaba como un corazón y diseminaba el dolor por todo mi cuerpo, desde mi irritado cuero cabelludo hasta la punta de mis pies mojados. Lo notaba martillando en los labios, en los dedos, y lo único que quería era quedarme dormida sobre la arena cálida. Me pesaban los párpados, pero, al cerrar los ojos, lo único que conseguí fue que mis pensamientos titilaran y se distorsionaran como las imágenes de un violento sueño febril. Vi a la emperatriz en su barco mecido por las olas; a Eusia en su pequeño estanque de aguas oscuras, y a Halla, segura junto a Theodore en el cálido palacio que se alzaba ante mí. Pensé en la aureola de rizos oscuros de Agatha, en sus brillantes ojos marrones, y lo único que vi en ellos fue miedo.

Un quedo gimoteo creció en mi garganta. Agatha era una persona de una férrea determinación, que nunca había parecido dejarse llevar por el pánico o la duda. Era una persona que me había brindado su apoyo y amistad incondicional durante años y años y que había hecho todo lo posible por asegurar que nunca me sintiera sola o tuviera miedo.

—Levántate. —La palabra escapó como una brusca exhalación entre mis dientes—. Levántate, levántate, levántate.

El dolor se propagó por mis terminaciones nerviosas como un incendio descontrolado, pero me obligué a ponerme a cuatro patas. Era muy consciente de que no sería bien recibida en el palacio, dado que había puesto en peligro la seguridad del reino variano en más de una ocasión y me había despedido del canciller Eftan estrangulándolo con gusto. Pero aquello no me impidió seguir arrastrándome por la arena, cargando con el condenado peso de mi espada y mi corona. Me sentía demasiado mal como para seguir adelante con mi plan sin ayuda y solo había una persona en el mundo que se preocupara tanto por Agatha como yo. Y se encontraba en ese palacio.

El sol brillaba con fuerza sobre mi espalda, pero el penetrante frío que me calaba hasta los huesos me impedía notar su calor. Llegué a la base de la escalera del jardín. Aunque me temblaban los brazos, levanté la espada de Nemea y golpeé los peldaños de madera. Y otra vez. Y otra. Las lágrimas me caían por las mejillas, por los labios fruncidos, hasta que por fin un soldado de armadura dorada apareció en lo alto de la escalera.

—¡Eh! ¿Está usted bien? —me preguntó estudiándome con atención desde arriba.

A modo de respuesta, dejé caer la espada con un estrépito y me derrumbé por completo sobre los escalones.

—Necesito hablar con el comandante Mela. —Apenas fui capaz de levantar la voz lo bastante para que me oyera.

El golpeteo de sus botas anunció su descenso. Llegó al escalón donde yo tenía apoyada la cabeza y se agachó para compro-

bar cómo me encontraba, pero retrocedió aterrorizado al reconocerme.

—Ay, mierda.

—No le haré daño. —Mi voz sonaba ronca, desagradable y frágil.

Cuando el soldado levantó la espada de Nemea del suelo y me quitó la corona del brazo inerte, reaccioné tarde con una débil sacudida y una mueca.

Su tono destilaba una solemne seriedad cuando respondió:

—Ya, me temo que no puedo confiar en su palabra. —Tosió incómodo—. Lo siento, majestad.

Oí el repiqueteo de una cadena. Unos dedos ásperos me sujetaron del antebrazo. El penetrante frío del metal me rodeó la muñeca y se cerró con fuerza en torno a ella.

El sol brillaba a la espalda del soldado y tuve que entornar los ojos para distinguir sus facciones. Me recordé que aquella era la bienvenida que había esperado, pero no pude evitar sentir una punzada de sorpresa. No tenía forma de ignorar el escozor del dolor ni la pregunta que lo acompañaba: ¿habría ordenado Theodore aquello?

Abrí la boca para preguntárselo, pero el guardia se incorporó y se alejó escaleras arriba con la espada y la corona. Una protesta incoherente me sacudió las cuerdas vocales. Los brazos me flaquearon cuando intenté apoyarme en ellos para subir a rastras al siguiente peldaño, pero el dolor me inundó el estómago con una inesperada sacudida y mi cuerpo cedió. Así que me quedé allí tirada, con la mejilla pegada a la madera cálida y lisa, hasta que la luz de la tarde se apagó lentamente y todo se puso negro.

El sonido de unas pisadas me despertó. Unas botas, el entrechocar de una armadura, murmullos. Recobré el sentido de golpe con los intensos rayos del sol, con el aire cálido, que arrastraba el perfume

de las enredaderas en flor de Theodore. Me dolía el cuerpo de estar tirada en los escalones y me pesaban las muñecas debido a los grilletes que me había puesto el soldado.

—Lachlan —sollocé entrecortadamente. Tenía la cabeza embotada y la vista borrosa—. Tengo que ver al comandante Mela, por favor. No llamen al rey. Necesito que Lach...

Noté un piquete en el hombro. Levanté la cabeza y me descubrí rodeada por un puñado de soldados ataviados con armadura apuntándome con sus espadas. Uno de ellos habló, pero estaba demasiado abrumada como para distinguir quién era.

—Tenemos la orden de darle muerte sin necesidad de recurrir a juicio si utiliza sus poderes.

El corazón me aporreó las costillas.

—¿Quién dio...?

—Se supone que tenemos que llevarla a la prisión de la torre, ¿no? —preguntó otro soldado sin dejarme terminar.

—No, por favor. Necesito... necesito hablar con Lachlan sobre su esposa.

—El comandante Mela no está casado.

Mi mente y mi lengua no lograban encontrar las palabras adecuadas ni darles forma lo bastante rápido. Traté de darme la vuelta con una sacudida de las cadenas para sentarme un poco más derecha, pero uno de los hombres me inmovilizó pisándome el hueso de la cadera.

Un alarido ensordecedor me desgarró la garganta. Algunos soldados se estremecieron y maldijeron ante mi reacción. No tenía sentido que la mera presión de su bota hubiera bastado para desatar un agónico estallido de dolor por todo mi cuerpo. El miedo se apoderó de mí. Me había convertido en una criatura débil y trémula, cuando toda la vida había gozado de un cuerpo resistente y capaz.

«Sentirás dolor. Y tu rey podrá aliviar ese sufrimiento». Las palabras de Eusia me arañaron el cráneo, como una provocación y una advertencia hechas una. «Solo el rey podrá ayudarte».

El guardia apartó la bota de mi cuerpo, movido más por el miedo, supuse, que por los remordimientos o la compasión. Quizá pensó que la ponzoña que corría por mis venas se filtraría a través de su piel y lo corrompería a él también. Entonces alguien más descendió por la escalera, y todos los soldados irguieron la espalda, carraspearon y trataron de mostrar una actitud disciplinada y alerta.

—La encontramos al final de la escalera —dijo uno de ellos—. ¿Procedemos como siempre? No estamos seguros de si debemos tratar a la realeza de la misma forma que a la plebe en una situación como esta, comandante.

Levanté la cabeza justo cuando Lachlan hincaba una rodilla junto a mí. Nuestras miradas se encontraron. Sus ojos verdes como el musgo permanecieron fríos y su boca se transformó en una línea poco amistosa. Parecía vacío por dentro, agotado.

—En Varya, todos somos iguales ante la ley —dijo con un tono desprovisto de su típica picardía—, ya seas una reina, una plebeya o una diosa.

Maldito desgraciado. Resoplé furiosa y traté de levantar las manos inmovilizadas.

—Suéltame.

Él ignoró por completo mi petición.

—Pareces un cadáver andante, Imogen.

—Lach —su nombre escapó como un chirrido de mi interior—, ¿qué estás haciendo?

—Mi trabajo. —Se incorporó y me miró desde arriba—. Ahora eres una proscrita.

No conocía esa palabra ni entendía sus implicaciones, así que negué con la cabeza recorriendo con una mirada desesperada la media docena de espadas que seguían apuntándome.

Lachlan volvió a hablar despacio y con voz clara:

—Se te ha condenado y desterrado de Varya por varios delitos. A saber: rapto, traición, imprudencia temeraria y asesinato...

—¿A quién rapté yo si...?

—Al rey, nada menos.

—Eso no es... Lachlan, tú estabas allí. Sabes la verdad.

Se le crispó la boca.

—Ayúdenla a ponerse de pie —les ordenó a los guardias que se encontraban más cerca.

Cuando me jalaron, otro alarido me desgarró la garganta, y Lachlan puso mala cara. Escudriñé sus ojos carentes de expresión en busca del menor indicio de preocupación, pero se me cayó el alma a los pies al ver que permanecía impasible.

—Tenemos pruebas de que orquestaste el asesinato del capitán del Hercule, subiste clandestinamente a bordo de un buque de guerra variano y pusiste en peligro a su tripulación en el fragor de la batalla.

El corazón me dio un vuelco al pensar en la muerte del capitán y recordar los sonidos húmedos de la herida de su vientre, así como el pútrido canto que utilicé para controlar a sus asesinos. Un canto que fui incapaz de dominar.

Me apoyé en los soldados para mantenerme erguida.

—No hice tal cosa. Hundí los barcos serafíes, ayudé a sus hombres a ganar la batalla. —Gruñí apretando los dientes—. Maté a Nemea. Su corona ahora es mía.

Lachlan me miró sorprendido ante mi confesión, pero no dijo nada.

—¿Quién me declaró una proscrita? —susurré tras una pausa, sin poder reprimir el temblor dolido de mi voz—. ¿Fue cosa de Theo o lo empujaron Eftan y tú a hacerlo?

Tragó saliva visiblemente y el silencio se extendió entre nosotros, tan tenso y delgado como las cuerdas de un laúd. Cuando por fin respondió, lo hizo sin demostrar emoción alguna:

—El rey y su consejo son uno.

Algo se quebró en mi pecho ante sus palabras y no pude hacer más que sostener su mirada indiferente con la esperanza de que mostrara algo de lástima o arrepentimiento. Sin embargo, no tardó en desviar la mirada hacia lo alto de las escaleras, y los guar-

dias me obligaron a dar media vuelta sin más contemplaciones. Mientras me arrastraban en dirección al jardín, yo me movía como una muñeca de trapo desmadejada, gimoteando de dolor con cada sacudida. Cuando por fin me soltaron al llegar arriba, caí sobre la hierba mullida, presa de los temblores.

Poco a poco, los guardias se dispusieron a mi alrededor y Lachlan se detuvo ante mí. Me senté sobre los talones y me quedé inmóvil y en silencio. Movida por la desesperación, consideré la posibilidad de buscar mi poder bajo la pesada mortaja de dolor que me envolvía y recurrir a mi canto para controlarlos a todos y obligarlos a liberarme.

Pero el sonido metálico de una daga al abandonar su vaina me detuvo.

—Sé lo que estás pensando. —Lachlan negó con la cabeza y se agachó para agarrar la cadena que pendía entre mis grilletes—. Utiliza tu poder —me apuntó con la daga— y no tendré más remedio que recurrir a esto.

Encontré su mirada por encima de la punta plateada del arma.

—No tendrías nada que hacer.

Estudié entonces el brillo decidido de sus ojos perfilados de negro. No parecía que estuviera tramando nada; su amenaza no albergaba ningún significado oculto. Me desconcertaba que hubiera pasado a tratarme de aquella manera después de nuestra cálida, si bien algo torpe, despedida del día anterior.

—Dos de mis hombres están vinculados a una sirena, Imogen. Te matarán antes de que tengas oportunidad de suplicar clemencia. Y, como ya te dije, no deseo verte muerta.

Desde el primer momento había sabido que Lachlan temía que condujera el reino de Varya a la ruina. Me había amenazado, me había reprochado mi comportamiento y me había dejado claro su desagrado en múltiples ocasiones. Nuestra animadversión había estado presente entre nosotros como un arma en ristre, pero jamás habría esperado que acabara enarbolándola con tanta violencia.

Lachlan enarcó las cejas en una muestra de ingrata ironía y dio un tirón de la cadena.

—Levántese, majestad.

Poco antes, la maga sibila me había dado un consejo: «Haz cuanto te plazca». Lo que ahora quería era soltar unos cuantos improperios y rechinar los dientes. Gritar, hacer que me obedecieran y obligar a todos aquellos guardias a que se arrodillaran ante mí. No obstante, por encima de todo, lo que más ansiaba era vivir.

Me puse de pie apretando la mandíbula y enseñando los dientes.

El jardín se mecía bajo una suave brisa mientras Lachlan me guiaba jalando mi cadena con una mano y sujetando mi corona y mi espada con la otra. Seguidos de otros dos guardias, caminamos lenta y dolorosamente entre los abarrotados macizos de flores naranjas, amarillas y rosas. Pasamos por delante de la resplandeciente fuente que daba cobijo a tres sirenas orgullosas en su parte central. Con cada paso que daba, el nudo de mi garganta crecía.

Había regresado a aquel lugar con la intención de acabar con una amenaza, pero, de camino al palacio, de un blanco cegador bajo el sol de la tarde, caí en la cuenta de que yo era el peligro que se cernía sobre los terrenos de Genevreer. Yo era el terror que los asolaba.

Cuando pasamos por debajo de un pasaje de enredaderas bañado por el sol y salpicado de flores, me tropecé con mis propios pies, que me pesaban como si fueran de plomo. Mi dolor se acrecentó. Se me nubló la vista. Cerré los ojos y traté de centrarme en la calidez de la luz que me besaba los pómulos, pero eso me hizo pensar en Theodore.

Por muy desaforada y corrupta que me sintiera, jamás pondría en peligro su seguridad, ni siquiera por Agatha. Un deseo oscuro y aterrador me embargó al pensar en él. Me sobrevino como una fiebre, un calor que se adueñó de mis venas. Empecé a sali-

var, presa de un hambre que exigía ser saciada. Ansiaba probar su sangre, sentir su carne entre mis dientes y sus suaves labios sobre los míos.

Me frené en seco. Me atraganté con mi propio temor. No lograba trazar un límite claro entre el ansia de Eusia por consumir a Theo y el cariño y la atracción que yo misma sentía por él.

Lachlan volteó frunciendo el ceño y me fulminó con la mirada por encima de una de sus hombreras.

—No... —susurré esforzándome por contener las lágrimas—. No permitas que me acerque a él.

A diferencia del de Theo, el rostro de Lachlan se amoldaba con facilidad a sus emociones. La empatía suavizó su expresión adusta, pero esta llegó acompañada de una pizca de suspicacia. Él tenía una pregunta que requería respuesta, una inquietud que necesitaba aplacar. Sostuve su mirada y traté de animarlo a confiar en mí, a pesar de que tal vez no me lo mereciera.

Asintió con brusquedad y desvió la mirada hacia los soldados que tenía detrás.

—Pueden retirarse. Yo me encargaré de ella de ahora en adelante.

—Permita que lo acompañemos, señor —replicó uno de ellos—. No estará a salvo a solas con ella.

«No estará a salvo». Me resultaba extraño haber pasado toda una vida dejándome dominar por mis miedos para acabar convirtiéndome en la pesadilla de otros.

—Les di una orden —concluyó Lachlan antes de retomar la marcha en dirección a palacio y arrancarme un quejido agudo ante el repentino movimiento.

Bien. Ahora podríamos hablar con libertad. Podría intentar ponerlo de mi lado.

Los guardias se quedaron un poco rezagados durante un momento y yo estudié la línea rígida de los hombros de Lachlan, la forma decidida pero ausente en que se movía, como si le hubieran arrancado una parte vital de su ser y lo único que le permitiera

seguir adelante fuera su inmensa fuerza de voluntad. Aquello no era nada propio de él. Siempre había estado lleno de vida, siempre había tenido un brillo travieso en la mirada, incluso cuando se enojaba.

—Espera, Lach —dije al llegar a la terraza vacía del palacio. Traté de aminorar el paso, pero él mantuvo el ritmo, obcecado en seguir hasta la puerta de cristal—. Por el amor de los dioses, zoquete. Tenemos que hablar de Agatha.

Entonces vaciló. Yo había encontrado la brecha en su armadura y sabía muy bien lo delicada que era la carne que escondía debajo. Blandí mis palabras como un arma bien afilada:

—Sé dónde está.

Pero no acerté a atravesarlo. Lachlan siguió adelante con renovada obstinación y me condujo al interior del palacio.

—¿Me oíste? —Nos adentramos en la Sala del Jardín, de suelos relucientes y paredes decoradas con flores—. Lachlan, me vas a...

—Silencio.

Me arrastró hasta el vestíbulo principal, pero me pareció oír cierta preocupación en su tono.

—Nos estamos quedando sin tiempo. —Hablé en voz alta y temblorosa—. Puede que la emperatriz haya...

Lachlan se detuvo y giró sobre los talones con los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

—La emperatriz...

Asentí con la cabeza asimilando su expresión horrorizada. Tenía el cuello tenso y se le abrieron mucho más los ojos mientras se esforzaba por recuperar la compostura. Tras lanzarme una mirada de advertencia, nos ocultó bajo las sombras de la escalera este antes de que alguien reparara en nosotros. Había unos cuantos soldados montando guardia en el vestíbulo y sirvientes retirando las decoraciones.

Reparé en los detalles de la estancia con un escalofrío. Hacía tan solo un día que me había ido y para ese entonces todavía esta-

ban ultimando los preparativos para la boda. Habían engalanado los pasamanos de mármol negro y las estatuas de los grandes dioses con enredaderas en flor. Además, habían colgado sigilos obelinos junto a los varianos en una mezcla de tonos verdes y azul oscuro.

Ahora lo estaban retirando todo. Ante la estatua de Ligea, dispuesta bajo la escalera oeste, había dos mujeres doblando pulcramente una banderola de color verde oscuro y dorado. Cuando acabaron, la metieron con cuidado en la cesta que descansaba a sus pies.

—¿Qué pasó? —pregunté en un susurro tembloroso—. ¿Theodore canceló la boda?

Lachlan me miró confundido; su expresión se endureció y el recelo se adueñó de sus ojos antes de desviar la mirada hacia la pared revestida de paneles que había al final de la escalera oeste.

—Sigamos adelante.

Yo me mantuve firme en el sitio.

—¿La canceló?

—Te lo pido por favor, Imogen, baja la voz. —Recorrió la estancia con la mirada una vez más y susurró—: No.

—¿Entonces...?

—Aquí no.

Nos condujo hasta la pared que había estado contemplando, donde había una puerta escondida. Me sentía desfallecer con cada paso, pero Lachlan me agarró del brazo en cuanto se dio cuenta de que estaban a punto de flaquearme las piernas. Oí el chirrido de unas bisagras antes de adentrarme con un tropiezo en una habitación pequeña y oscura. Era una armería. En su interior había un hogar estrecho, un puñado de faroles encendidos y mazas, mayales y hachas de guerra colgados de los irregulares muros de piedra. En el centro de la estancia también había una mesa vieja y unas sillas.

Lachlan echó el cerrojo de la puerta. Su fachada inexpresiva cayó y quedó reemplazada por una desesperada intensidad.

—¿A dónde se la llevó la emperatriz?

—A Antemusa. —Un frío insoportable me recorrió de pies a cabeza—. Allí está Eusia.

Se apoyó en la pared y el color abandonó sus mejillas. Su piel adoptó una repentina palidez mientras ponía en orden sus alborotados pensamientos.

—Cuéntame qué pasó con la boda. —La vehemencia de mis palabras desató una llamarada de dolor en lo más profundo de mi vientre—. Ayer, cuando me fui...

Lachlan sacudió la cabeza con brusquedad.

—¿Ayer? —Se le rompió la voz y volvió a negar con la cabeza—. Ya pasaron dos días, Imogen. Dos putos días desde que te fuiste.

Respiré hondo y contuve el aliento. No entendía cómo era posible que hubiera pasado dos días enteros en el agua, luchando contra el estupor del hechizo para regresar a tierra, aferrándome a un plan deficiente e imposible de llevar a cabo mientras Agatha viajaba a bordo de un barco que la conducía hacia el peligro. Para entonces ya habría llegado a su destino.

—¿A qué distancia está Antemusa de aquí? —pregunté con un hilo de voz desesperado.

—A unos tres días en barco. —Lachlan apartó una de las sillas de la mesa arrastrando sus patas por el suelo y se desplomó sobre ella. Se enterró los dedos en el pelo corto—. Pero si es inaccesible.

Lo miré boquiabierta, tratando de transformar mi dolor, mi estupefacción y mi furia en algo lo bastante violento como para sustentarme.

—Arriba, idiota. —Lachlan levantó la cabeza y sus ojos llorosos encontraron los míos—. ¿Cómo vas a tirar la toalla ahora después de llevar toda una vida suspirando? ¿La vas a abandonar cuando más te necesita?

Él me fulminó con la mirada.

—¿Y qué podemos hacer? Te desterraron...

—Tampoco parece que hayas puesto demasiado empeño en evitarlo.

—No fue cosa mía. El consejo llevó a cabo una votación ante la insistencia de Eftan —explicó—. Todos te conocen en palacio. Saben que tenemos órdenes de encerrarte hasta que seas juzgada. Y admitir que cometiste un regicidio como acabas de hacer en el jardín es lo que menos te conviene en este momento.

—Pídele a Theodore que me absuelva.

—No está aquí —dijo negando otra vez.

Una nueva fuente de dolor se me enredó en el pecho. Di un pequeño paso atrás, como si aquello sirviera para escapar de lo que estuviera a punto de decirme.

—Trasladaron la boda al barco de Theo. —Lachlan hablaba a trompicones, como si articular cada palabra le supusiera un gran esfuerzo—. Después de la batalla, cuando desapareciste, Theo perdió la cabeza... Exigió modificar los acuerdos matrimoniales. Partieron hacia el puerto hace unas horas. Se dirigen a Obelia para que Halla pueda celebrar sus nupcias como es debido con su gente.

Tuve que repetirme mentalmente aquellas palabras unas cuantas veces, tuve que luchar por mantener mi maltrecho corazón de una pieza. Necesitaba a Halla. Tenía que llegar hasta Agatha y Eusia. Enterré el insaciable anhelo que sentía por Theodore tan dentro de mi ser como fui capaz.

Nos miramos a los ojos durante un buen rato. Casi notaba cómo la tensión que pendía entre nosotros moldeaba lentamente nuestra tristeza y nuestro miedo para transformarlos en una idea vaga y terrible.

—Lachlan —me obligué a respirar hondo pese a lo mucho que empeoraría mi dolor y me aferré al borde de la mesa para mantenerme erguida—, tenemos que subirnos a ese barco.



2

THEODORE

Fui el primero en llegar al barco. Me había escabullido del palacio antes de que Halla, el consejo y los miembros de mi corte repararan en mi ausencia y había ido directo a las caballerizas. Luego les había pedido a mis guardias que cabalgaran a diez pasos de mí para que al menos pudiera imaginarme que estaba solo.

Ahora me encontraba en mi camarote, con la puerta cerrada con llave y la cortina echada para cubrir a la sirena de la vidriera, desenvolviendo con cuidado uno de los libros que le había robado a la ermitaña. Cuando el papel encerado y el lino que lo protegían quedaron extendidos sobre la mesa, leí el título de letras plateadas y algo desgastadas.

Una nueva era de magia atroz.

Después de haberme visto obligado a leer *Los grandes leucosianos* durante mis estudios, había decidido mantenerme alejado de los trabajos del gran dios Jesop, pues eran unas obras farragosas, interminables y dadas a engrandecer la figura de su propio autor. Sin embargo, ahora había afanado un puñado de ellos y no había sido capaz de dejar de leer desde que me había enterado de que Imogen se había ido. Apreté los puños sobre la mesa, a cada lado del libro, y lo contemplé con mala cara.

Estudié su encuadernación de cuero marrón agrietado y sus hojas amarillentas. Había arrancado algunas tiras de pergamino y las había dejado entre las páginas que contenían información que me había parecido de utilidad. También había marcado los fragmentos que me habían resultado particularmente desagradables.

«Magia atroz».

El título se me había enterrado en la carne como una espina, porque era justo eso: atroz. Todo lo que había leído en aquellas páginas (cada hechizo y su resultado, cada maga y cada persona que se había beneficiado de su poder) había quedado debilitado, dañado o mutilado por la magia.

Me pellizqué el puente de la nariz en un intento por desterrar la imagen de Imogen durante el ritual de escisión, casi sin poder respirar y con sangre negra como el alquitrán brotándole de los ojos. Abrí el libro, que emitió un crujido de protesta, y pasé las páginas hasta llegar a donde me había quedado.

> Hay mucho que comentar sobre el precio de la hechicería. Descubrí que los ojos se vuelven blancos a cambio de ampliar la percepción. Que el cuero cabelludo se abrasa y el cabello se cae a cambio de trascender el tiempo. El cuerpo de las magas se devora a sí mismo si no consume carne, aunque parece ser que un pequeñísimo bocado basta para combatir este fenómeno. Fuimos testigos de esto en la historia de la primera maga, quien se las arregló para reponer su cuerpo consumido alimentándose de otra persona.

Levanté el libro con la respiración entrecortada. Caminé hasta el muro acristalado de popa y bajé la vista al mar, como atraído por él. Aquel día sus aguas oscuras parecían furiosas. El viento lo mecía en una danza frenética y le arrancaba a la cresta de sus olas gotas que se perdían como la neblina. Entonces me descubrí a mí mismo esperando, con el corazón en un puño, como si ella fuera a

aparecer en medio de aquel caos. Entera. Implacable, encantadora y plena.

Me aferré a aquel condenado libro con más fuerza y continué leyendo.

> Una maga les dirá que la única manera de aplacar el impacto de la magia es asegurar un equilibrio. Carne por carne. Sangre por sangre. Solo la persona que lanzó el hechizo puede deshacerlo. Sin embargo, uno no puede evitar preguntarse qué clase de efecto tendría el poder de los dioses sobre la magia. Pues el estira y afloja de fuerzas sobrenaturales que hay en este archipiélago es tal que un servidor, gracias a la experiencia que acompaña a su inmortalidad y a su excelsa capacidad de raciocinio, ha llegado a la conclusión de que la magia de las magas y el poder de los dioses equivalen a los dos filos de una misma espada perfectamente equilibrada.

Bajé el libro despacio, sintiéndome a la deriva, totalmente fuera de mi elemento. Arranqué una tira del pergamino que descansaba sobre mi escritorio, la metí entre las hojas del libro y lo cerré.

—Dioses del cielo.

Desde la ventana del camarote, el puerto de Panos parecía una pintura iluminada por el sol de la tarde. Los muelles eran una jungla de agujas y cabos que daba paso a las espléndidas colinas verdes de Varya.

El nudo frío que me atenazaba el pecho se derritió un poco al estudiar los grupos de casas blancas con tejados de paja que salpicaban el ondulado paisaje. Me imaginaba a la gente que vivía en ellas, el aroma de su comida, el orgullo que sentirían al admirar sus prósperos huertos, su determinación y su alegría. Abracé aquella imagen estrechamente, pues esas personas eran lo único que hacía que continuar cumpliendo con mi deber valiera la pena.

Alguien llamó a la puerta de mi camarote.

—Abra, majestad —me pidió Eftan en un tono cortante que dejaba entrever su irritación apenas contenida.

Apreté los dientes, envolví de nuevo el libro con sus dos capas protectoras y lo guardé otra vez a buen recaudo en su bolsa, con el resto de las obras que había robado. Eftan volvió a llamar, esta vez con el puño. Antes de salir a recibirlo, me serví un vaso de vino y me aseguré de ocultar mis emociones, cualquier pedacito de mí que pudiera evidenciar la intensidad de mi tormento.

Abrí la puerta sin hacer el menor ruido.

—Buenas tardes, canciller.

Eftan estaba allí de pie, engreído y molesto, vestido con su traje de detalles dorados. En una de sus pesadas manos sostenía un saco de arpillera y en la otra, el portafolio de cuero que le había hecho llegar antes de irme de palacio. Lo sostuvo en alto para obligarme a contemplarlo.

—Veo que aprovechaste para leer un poco en el carruaje de camino aquí.

El hombre se puso rojo y pasó a mi lado para detenerse ante la mesa.

—No puedo creer que haya hecho algo así.

Yo permanecía clavado en el sitio, sintiendo una creciente tensión en el pecho ante la discusión que se avecinaba. El portafolio retumbó cuando Eftan lo dejó caer sobre la superficie pulida del escritorio. Luego lo abrió con brusquedad para esparcir los documentos del contrato matrimonial y dejarlos a la vista como si fueran secretos inconfesables, deseosos de salir a la luz.

Estampó un dedo sobre el texto en tinta negra que yo mismo había añadido en uno de los márgenes.

—Jamás había usted sido tan imprudente..., tan...

Levantó la vista para encontrar mi mirada con una furiosa súplica. Parecía mayor. Siempre había tenido ese aspecto, incluso cuando yo todavía era niño, pero ahora parecía que los años le pe-

saban. Que le empezaban a pasar factura. La astucia que siempre había brillado en sus líquidos ojos oscuros había quedado, hasta cierto punto, opacada por el agotamiento. También tenía el poco pelo que le quedaba de punta, como si, durante el viaje hasta el puerto, hubiera estado pasándose las manos con nerviosismo por sus escasos mechones.

—Es usted un necio —se lamentó derrumbándose sobre la silla que tenía al lado.

Dejé el cáliz con un golpe sobre la mesa y parte del vino que contenía se derramó por sus bordes.

—Cuidado con lo que dices. —Cuando volví a hablar, lo hice con un perfecto autocontrol, con un experto tono afilado pero carente de emociones. Tal y como él me había enseñado. Cualquier otra reacción habría desencadenado una nueva perorata sobre mi «imprudencia»—. Cumplí con mi deber. Le di a la princesa exactamente lo que pedía y, ante todo, me aseguré de mantener mi reino a salvo.

Me miró estupefacto.

—¿Que cumplió usted con su deber? —Levantó los documentos y entornó los ojos para leer el texto del margen derecho—. «Tras las nupcias, el rey acompañará a la princesa hasta Obelia para que esta pueda celebrar, según la tradición obelina, un banquete de bodas en su hogar, junto a su gente». —Me miró con una evidente suspicacia—. ¿Me va a decir a mí que la princesa accedió voluntariamente a renunciar a la corona, al templo, a todas sus protecciones, a todo lo que se le había prometido, a cambio de una fiesta en el palacio de su mamita? ¡Si la pobre muchacha se marea en altamar, por el amor de los dioses! ¿Espera usted que yo crea que desea casarse sintiéndose miserable a bordo de un barco?

—Es lo que pidió, Eftan. Solo los dioses saben qué la habrá empujado a ello —me limité a responder. No era ninguna mentira. Tragué saliva para combatir el nudo que me atenazaba la garganta—. También hay un segundo punto cuyos términos toda-

vía estamos negociando, pero no tardaremos en tomar una decisión.

Eftan dio un puñetazo en la mesa.

—Malditas sean sus negociaciones. ¡De esta manera su matrimonio no será del todo válido! Si no se vincula con ella, si no combinan su sangre, la princesa no será considerada la reina legítima de Varya.

—Lo sé. —Permanecí muy quieto—. Harías bien en recordar que yo soy el rey y que, por mucho que compitan por hacerse con el control, ni el consejo ni tú tienen ningún poder sobre mí siempre que mis decisiones no pongan en peligro la seguridad del reino.

La mirada que me lanzó fue fulminante, de esas que lograban colarse bajo mi meticulosa fachada. Sin embargo, a lo largo de los años, había erigido más muros de los que Eftan o yo mismo esperábamos, tan resistentes que a una parte de mí todavía le costaba creer que Imogen se las hubiera arreglado para derribarlos por completo.

Eftan soltó una risita impresionada pero molesta.

—Debo admitir que lo hizo usted muy bien. Decidió que este será su pequeño acto de rebelión, ¿no es así? Es su forma de dejarle una vía de acceso a su vida a la mujer de la que se enamoró. —Su expresión se endureció—. Pero debo advertirle que, por mucho que se esfuerce en hacerle un hueco, ella jamás encajará a su lado.

El estómago me dio un nervioso vuelco, pero logré mantener la compostura.

—Estas modificaciones son mi forma de blindar el reino frente a la alianza con Obelia, pues ahora que sé a quién veneran, no puedo depositar toda mi confianza en sus dirigentes. La princesa está conforme y no habrá una guerra, así que no entiendo por qué te opones a mi decisión.

La incredulidad distendió sus facciones.

—¡No trate de excusarse diciendo que lo hace por el reino!

—Todas y cada una de las decisiones que tomo las tomo con este condenado reino en mente, y sugerir lo contrario roza la traición, canciller. —Aquello lo aplacó un poco—. ¿Qué era lo que siempre le decías a mi padre, Eftan? «No existe una devoción más intensa que la que siente un rey por su corona».

Eftan apretó los labios y agachó la cabeza. Pasó los dedos por uno de los documentos a modo de disculpa.

—Se lo recordaba con frecuencia y mire de qué sirvió. —La decepción hizo que bajara la voz—. Me da mucha tristeza verlo abandonar su brillante y prometedor camino para seguir los pasos de su padre.

Habíamos llegado a un callejón sin salida: Eftan estaba convencido de que me encontraba en una posición tan comprometida como la de mi padre con su amante. Y ahora, a causa de Imogen y del dolor que me había causado su partida, ya no me veía capacitado para reinar.

Después de que Imogen se hubiera tomado la poción, yo me había negado a apartarme de su lado. Día y noche le había limpiado la espesa sangre negra que le había brotado de los ojos, la nariz y la boca. Había vertido todo mi poder sobre ella y había contado todas y cada una de las dificultosas respiraciones que había tomado.

Lo único que no había hecho durante ese tiempo había sido «cumplir con mi deber». No había acudido ni al consejo ni a las reuniones de guerra. Durante dos días y una noche, había desatendido las exigencias de la corona y eso había bastado para sacar a Eftan de sus casillas. Para que hiciera todo lo posible por poner al consejo en mi contra y llevar a cabo una votación mientras había estado cuidando de ella. No había sido capaz de protegerla, ni siquiera mientras trataba de mantenerla con vida, pues el canciller había propuesto declararla proscrita en aquella precisa votación.

Eftan se incorporó y se estiró el traje oscuro. Subió la intensidad de la lámpara de aceite que tenía al lado para que su llama ar-

diera con más intensidad y contempló las modificaciones en tinta negra repartidas por casi todas las páginas del contrato.

—¿Cree usted que los miembros del consejo que viajan en este barco permitirán algo así? Estas enmiendas demuestran un claro desinterés por el bienestar de su reino... —Se interrumpió, superado por la situación—. Iré a buscarlos en este momento y someteremos estos cambios a una votación. La corona descansa sobre su cabeza, pero solo hará su voluntad con el beneplácito del consejo. —Se dio un golpe en el pecho—. Con mi beneplácito.

Me puse tenso.

—¿Entiendo, entonces, que lo que quieres decir es que yo soy el navío y tú, mi capitán? ¿Que yo soy la espada y tú, la mano que la empuña? —Esperé a que respondiera mientras la cólera me incendiaba el pecho como un sol abrasador, pero el canciller se limitó a mirarme sin abrir la boca. Agarré mi cáliz y lo lancé contra la pared, justo por encima de su cabeza—. ¡Yo soy el capitán y tú no eres más que un maldito cabo en las jarcias! Serás reemplazado en el acto si te rompes.

Eftan se había quedado petrificado, con un destello de sorpresa en la mirada. Un silencio áspero descendió sobre nosotros y entonces caí en la cuenta de que nadie lo había enfrentado de aquella manera. Antes de que yo ascendiera al trono, Eftan había dirigido el reino prácticamente solo, pues mi padre siempre había antepuesto el placer y la aventura al deber. De hecho, se había encargado incluso de mi formación pese a que aquella también debería haber sido tarea de mi padre. Durante mi infancia, había recibido una letanía de lecciones y reprimendas de su parte y yo había seguido sus enseñanzas sin cuestionarlo. Cada vez que definía una expectativa para mí, yo la asumía obediente, sin chistar.

—Ya no habrá más votaciones —dije entre dientes.

—La ley es clara...

—Conozco bien la ley. Estoy en pleno uso de mis facultades y esta decisión no supone una mayor amenaza para el reino que la propia alianza. Harías bien en recordar que soy tu rey.

Él agachó la cabeza.

—Usted es el rey. —Hizo una pausa—. Pero se está dejando guiar por la lujuria y eso lo vuelve imprudente y necio...

Sin pensarlo, estiré el brazo por encima de la mesa y lo agarré por la pechera de la camisa. Los documentos se arrugaron y se esparcieron por la mesa cuando lo jalé hacia mí.

—Te he dicho que tengas cuidado con lo que dices.

—Yo siempre he sido más cuidadoso que nadie y, a diferencia de usted, jamás he flaqueado. ¿Alguna vez le he contado cómo llegó su padre a tomar la decisión de cederle la corona y apartarse del poder? ¿Le he contado por qué decidió ponerle fin a su reinado para que el suyo diera comienzo?

Me quedé inmóvil, atrapado entre mi afilada furia y mi inamovible curiosidad.

—Fue gracias a mí —dijo atravesándome con la mirada.

Una retorcida pesadez se adueñó de mi estómago. Le solté la camisa y erguí la espalda tratando de mantener una expresión tranquila e inescrutable.

—Su padre era un hombre de lo más apasionado, ¿no cree? —Se alisó las ropas arrugadas—. Pero ni el trono ni su madre alimentaron jamás ese fervor. No, en absoluto. Tuve que animarlo a consumar la unión, ¿sabe? Tuve que obligarlo a tomar una poción que lo ayudara a concebir a su primogénito. Solo tenía ojos para su amante. —Negó con la cabeza—. Después de años y años de incontables esfuerzos, decidí que lo mejor sería eliminar aquello que tan distraído lo tuvo siempre.

Eftan se sentó de nuevo sin demostrar emoción alguna y comenzó a organizar todos los documentos con esmero en una pila.

Los sonidos de la tripulación preparándose para zarpar, los gritos y silbidos, los crujidos y estruendos, quedaron amortiguados por el repentino martilleo que estalló en mis oídos.

—La mataste tú.

Me contempló con expresión febril, tan quieto que me puso los pelos de punta.

—Una sobredosis de aceite de nepente puro. Fue bastante sencillo. Y rápido —admitió y, al enderezar los hombros caídos, el orgullo lo envolvió como un miasma.

Yo solo podía pensar en Imogen y en la amenaza que el canciller suponía para ella cuando rodeé la mesa, incliné violentamente la silla en la que estaba sentado y me cerní sobre él como una nube de tormenta.

Eftan levantó las manos en señal de rendición y habló a toda velocidad:

—Usted nació gracias a mi intervención. Y se convirtió en un joven sobresaliente gracias a mi consejo. Yo siempre supe que usted sería mejor rey que su padre y, cuando se lo hice saber, finalmente accedió a llevar a cabo la transferencia. —Pese a su turbación, seguía demostrando una arrogancia impasible. Seguía contemplándome con aire astuto y calculador—. Fue lo mejor para todos.

«Lo mejor para todos».

No podría haber descrito de una manera más lacónica e insultante la brutal muerte de mi padre, mi envenenamiento autoinfligido y mi ascenso prematuro al trono. Solté la silla y dejé que sus patas delanteras cayeran de golpe al suelo.

—Cometiste un asesinato, alentaste un regicidio...

—No. Me encargué del difícil e ineludible trabajo sucio. —Eftan dejó una mano firmemente apoyada sobre los acuerdos matrimoniales—. Yo lo convertí en el hombre que es hoy —añadió con suavidad—. Yo le ayudé a superar incluso al mismísimo gran dios Panos.

Apreté los puños contra la mesa y deposité el peso de mi cuerpo sobre ellos. Luché por mantener a raya la furia salvaje que albergaba en mi interior para ocultar lo intensa que era, pero las siguientes palabras que pronuncié llegaron cargadas de veneno.

—Escúchame con atención. Ten en cuenta que arrebatarte el poder que creas poseer me resultaría tan fácil como cortarte el cuello.

Agachó la cabeza tranquilamente y, con un tono tan seguro que me sacudió hasta la médula, dijo:

—Lo que yo esgrimo no es poder, sino amor.

—Amor...

—Cada vez que he tenido que tomar una decisión, cada vez que he tenido que intervenir, he actuado teniendo el reino y la corona en mente, sí, pero, en el fondo, todo lo que he hecho lo he hecho por usted. —Encontró mi mirada y habló con una convicción certera—. Y es que no hay nada, no hay un acto tan vil e infame que no esté dispuesto a hacer para proteger el reino y protegerlo a usted.

Mi creciente furia se transformó en un gélido pavor. Eftan era un hombre despiadado, calculador e implacable. Identificaba y extirpaba las debilidades de los demás con la precisión de un sanador. Y el problema era que veía a Imogen como algo más que una debilidad. Para él, era una enfermedad. Una calamidad. De pronto, caí en la cuenta de que era imposible que le hubiera permitido salir de Varya como había asegurado. No cuando dejarla ir suponía que en algún momento podría regresar.

—¿Qué le hiciste?

Se quedó rígido. Dejó de parpadear. Incluso de respirar.

Di un paso hacia él y lo fulminé con la mirada.

—Si le hiciste daño...

—Le dije la verdad. Para mi sorpresa, la joven hizo lo correcto y se fue por iniciativa propia. Tuvo la sensatez de dejarlo tranquilo y permitir que se casara.

Irguió la espalda y levantó el mentón. Se dirigió hacia la puerta del camarote en actitud resuelta y se agachó despacio para recoger el saco que descansaba ante ella. Luego se tomó su tiempo para regresar a mi lado, acompañado del lánguido golpeteo de los tacones de sus zapatos contra el suelo de madera. Cuando llegó al extremo de la mesa, tiró el saco sobre ella con cuidado de no llevarse por delante la jarra de vino o la pila de documentos.

—¿Recuerda lo último que le dijo?

Me quedé sin aliento. Por supuesto que lo recordaba. Sus palabras me habían dejado una herida supurante. Contemplé el saco con gesto impasible, incapaz de llenarme los pulmones de aire.

Eftan habló con tono despreocupado y burlón.

—«Cumple con tu deber y yo me encargaré de cumplir con el mío». —Notaba el peso de su mirada sobre mí. Cuando permanecí inmóvil y en silencio, señaló el saco—. Adelante. Eche un vistazo.

—No tengo ninguna intención de ceder ante tus artimañas, Eftan.

—Muy bien, pues se lo enseñaré yo mismo.

Se lanzó por el saco como una víbora al ataque, desató de un tirón el nudo que lo mantenía cerrado y dejó caer el fardo de iridiscente seda negra que contenía sobre la mesa. La luz de la tarde iluminó los delicados tonos azules, verdes y morados que bailaban en su superficie.

Era el vestido que le había regalado a Imogen.

Algo me sacudió las entrañas. Sentí calor y frío. Un estallido de dolor seguido de un entumecimiento. Pero me obligué a permanecer tan quieto como una estatua.

Eftan tomó el vestido y lo extendió con cuidado sobre la mesa.

—Lo encontraron tirado en el Hercule, el navío que Mela había reservado para ella, el que capitaneaba el hombre al que asesinó. A ninguno nos sorprendió que el anillo que usted le regaló no haya aparecido.

Tuve que recurrir a mi última gota de autocontrol para no perder la compostura.

Eftan resopló y escudriñó mi rostro con atención.

—Por mucho que se esfuerce en tratar de convencerme de que no le importa lo que le diga, sé reconocer a un hombre enamorado. —Giró sobre los talones y se detuvo ante la puerta—. Si se niega a escucharme a mí, tal vez le haga caso a ella. Jamás lo quiso. Ahí tiene su prueba —dijo desviando los ojos hacia el vestido

antes de volver a posarlos en los míos—. No sé lo que significaría ese vestido... Conociéndolo, supongo que era un símbolo de esperanza o una promesa. —Se rio entre dientes—. Pero ella lo rechazó y lo dejó atrás. Yo, desde luego, les doy las gracias a los grandes dioses por ello. —Abrió la puerta del camarote—. Cásate con Halla como es debido y consuma el matrimonio. Haz tu condenado trabajo, Theodore.

Cerró la puerta a su espalda y me quedé mirando el vestido, ausente, abriendo y cerrando los dedos a cada lado del corpiño hasta que, al final, me decidí a intentar alisar una de las profundas arrugas que surcaban la falda.

—Mierda.

Me serví más vino y tomé un buen trago. Tracé con los dedos las puntadas del cuello, negras como el ébano, que entrelazaban mis enredaderas con las plumas de sus alas. No pude escapar de la voz espectral de Imogen, que repetía sus últimas palabras con crueldad en mi mente.

«Cumple con tu deber y yo me encargaré de cumplir con el mío».

Otro trago de vino. Otro intento de acallar su recuerdo pese a que Imogen había pasado a formar parte integral de mi ser. Por mucho que me esforzara por entender por qué había roto nuestro vínculo y se había marchado, por entender todo lo que había tenido que hacer, todavía no podía evitar sentirme como si me faltara algo, una extremidad o un órgano, y que había sido ella quien me lo había arrebatado.

El último trago de vino no sirvió para contener la furia que bullía en mi interior. Cerré el puño en torno a la tela del vestido y lo llevé hasta el ropero del camarote.

«Haz tu condenado trabajo».

Abrí la puerta de golpe, pero me detuve al arrugar la seda entre las manos.

Un rayo de luz dorada iluminó unos cuantos cabellos castaños, largos y ondulados. Levanté el vestido para inspeccionar

más de cerca el resplandeciente botón negro en el que estaban enredados.

Imogen lo había llevado puesto.

Lo había llevado puesto el tiempo suficiente como para que la prenda le arrebatara un pedazo de su esencia y se aferrara a él contra viento y marea.

Dejé que los cabellos me acariciaran los dedos antes de obligarme a colocar el vestido sobre uno de los estantes. Al soltarlo me sentí como si me hubiera arrancado la piel, pero me recordé que aquello no cambiaba nada. Imogen se había ido de todos modos. No me quedaba otra opción que casarme. Las amenazas de Eftan todavía resonaban en mis oídos. Sentía mi deber como una insoportable carga sobre los hombros.

Era curioso, pero, para ser un rey que incluso «superaba» al mismísimo gran dios, me había convertido en un hombre sin voz ni voto.